

FERNANDO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ

EL TORBELLINO ROJO

Auge y caída del Partido Comunista de España

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

INTRODUCCIÓN

«VENIMOS DE LEJOS...»

Corría 1930 cuando Kurt Weill y Bertolt Brecht estrenaron en Leipzig su ópera *Auge y caída de la ciudad de Mahagonny*, una parodia sobre los vaivenes de la fortuna y la fragilidad de las lealtades. Un adaptador contemporáneo podría llevar a escena una versión de aquel drama expresionista, urdido a cuatro manos por un compositor judío y un dramaturgo comunista, valiéndose del relato de la ondulación expansiva y depresiva, con apoteosis dramática, que experimentó el PCE en la segunda mitad del siglo xx.

Lo ocurrido con la principal organización antifranquista bien da, no ya para un seminario, sino para todo un grado en el campo de la politología. En junio de 1977, más de cien mil personas reunidas en la campa de Torreldones, en el cierre de la primera campaña electoral, enronquecieron bajo una improbable lluvia mientras coreaban con arrogancia: «¡Aquí se ve / la fuerza del PCE!». Solo un lustro más tarde, la noche del 28 de octubre de 1982, los desolados interventores que acudieron a la sede de la calle de la Santísima Trinidad para constatar la magnitud de la debacle electoral arrojaban las credenciales sobre las mesas como los restos de un naufragio.

¿Qué ocurrió para que el partido que hizo bandera de la reconciliación nacional y logró generalizar su uso en la conversación civil durante la Transición, sucumbiese justo cuando se daba por clausurada la pugna guerracivilista? ¿Cómo fue el itinerario entre las etapas de la heroicidad, la esperanza y la derrota? ¿Qué pasó para que la fuerza cuya legalización se considerara piedra de toque de la sinceridad del proyecto reformista dilapidara en tan poco tiempo el capital político acumulado durante décadas? ¿Qué tensiones desarbolaron a aquel colectivo humano, capaz de la mayor abnegación en la lucha clandestina, al llegar a la estación término

de la democracia? Estas son algunas de las cuestiones a las que intenta responder el presente trabajo. El libro que el lector tiene en sus manos es la última parte de una tetralogía que comenzó con el estudio del PCE durante la guerra civil,¹ siguió con el análisis de su reconstrucción bajo el primer franquismo² y continuó describiendo sus actividades en el exilio francés.³ Esta última entrega arranca a finales de la década de 1950 —el momento en que empezó a dejarse atrás la travesía del desierto provocada por la gran caída de 1947— y llega hasta la implosión que a mediados de los ochenta puso fin, de acuerdo con Vázquez Montalbán, a lo que podría denominarse el PCE «histórico».⁴ No es un relato cronológico al uso. Cada capítulo parte de un acontecimiento específico que se inserta en un contexto para profundizar en las tendencias de larga duración que marcaron la historia del comunismo español en la segunda mitad del siglo xx. Pero como toda narración pide un principio, sirva el siguiente resumen a modo de introducción.

AVATARES DE UN ACTOR DEL SIGLO

El «corto siglo xx»,⁵ en la ya clásica definición de Eric Hobsbawm, quedó horquillado en su inicio por la Revolución de Octubre (1917) y por la implosión del sistema soviético (1991) en su ocaso. El paso del tiempo ha depositado capas de polvo, restos de estatuas rotas y materiales heterogéneos sobre el mosaico labrado por aquellas generaciones cuyo afán fue izar sobre la tierra los dos pilares maltrechos de la vieja tríada revolucionaria —la Igualdad y la Fraternidad— en el fragor de una era de catástrofes. Hubo un tiempo en que quienes cuestionaban radicalmente el orden existente no se refugiaban en las reconfortantes certezas perdidas de un pasado mistificado, sino que se organizaban para la consecución de un futuro mejor. El ciclo de la Ilustración todavía no había claudicado ante la melancolía reaccionaria y existía una confianza ilimitada —pronto se comprobó que dispuesta a ser frustrada desde muchos flancos— en las virtudes del progreso. Para conocer la trayectoria inicial del Partido Comunista de España (PCE), uno de los protagonistas del Novecientos español, es necesario tener en cuenta ese impulso originario.

El PCE nació en 1921 de la confluencia entre veteranos desengañados del viejo reformismo socialista y jóvenes con ansias de revolución. El *tiempo largo* de su historia estuvo marcado por un condicionante que dejó una huella indeleble en su cultura: tres cuartas partes de su existencia contabilizada entre 1920 y 1977 —con la excepción del breve intervalo de la Segunda República— transcurrieron en las catacumbas. Eso, qué duda cabe, imprime carácter. En sus albores, fue un partido marginal, minoritario, con equipos dirigentes inestables y con dificultades para hacerse un hueco entre los dos gigantes del movimiento obrero español, el socialismo histórico (PSOE/ UGT) y el anarcosindicalismo (CNT). A ello hubo que añadir los efectos desconcertantes de los erráticos giros estratégicos imprimidos por la Komintern, quien, si hasta 1923 había creído en la posibilidad de una inminente revolución mundial, pasó desde entonces a defender el baluarte soviético y «el socialismo en un solo país».

El viraje del PCE a posiciones protagonistas se inició con el giro de 1935, aunque ya desde 1933 había adquirido cierta visibilidad al calor de las luchas sociales motivadas por el lento desarrollo de las reformas gubernamentales y el obstruccionismo de las viejas clases dirigentes. La frustración popular crecía en proporción inversa a las esperanzas depositadas en la redención social prometida por el nuevo régimen implantado en 1931. Diversos intelectuales de izquierda, llegados a España al calor de la experiencia republicana —como Ernst Toller,⁶ socialista de izquierda, dirigente de la República de los Consejos de Munich—, o en misión informativa —el corresponsal de *Pravda*, Mijail Koltsov, el escritor Ilyá Ehrenburg o el articulista de *La Correspondencia Internacional*, el poeta Paul Nizan— levantaron acta de ello. Koltsov y Ehrenburg redactaron dos antologías canónicas de los postulados del periodo de «clase contra clase»,⁷ proporcionando munición a los comunistas españoles que enarbolaban consignas contra la República burguesa y a favor de los soviets. Nizan escribió en tiempos frentepopulistas. En su viaje por «los *koljoses* de la provincia de Toledo» palpó cómo lo viejo y lo nuevo se entremezclaban en el imaginario campesino y los jornaleros expresaban sus afanes revolucionarios mediante las viejas fórmulas de respeto social: «En una aldea, vi esta inscripción sobre una pared: ¡Viva Don Lenin! Un campesino me dijo: Don Lenin tenía razón».⁸

El PCE conoció un momento áureo con la República en guerra. Su contribución a la formación del Ejército Popular; su apuesta por una triple disciplina: militar, económica y social; la rentabilización del apoyo recibido de la Komintern a través de las Brigadas Internacionales y de los suministros de armamento proporcionado por la URSS; y su oposición a los desbordamientos revolucionarios granjearon a los comunistas tanto apoyos como enemistades. Los casi 300.000 afiliados en 1937 y la pugna con las organizaciones competidoras y disidentes fueron el haz y el envés de esa coyuntura crucial. La afiliación creció gracias a su potencial como partido dirigente y a su habilidad para presentarse como baluarte decisivo de la República, recogiendo sensibilidades y aspiraciones sociales muy heterogéneas. El PCE hizo suyo un discurso que entroncaba con el ideario popular radical cristalizado en el movimiento obrero y republicano desde el periodo de entresiglos —justicia social, instrucción pública, cultura popular, independencia nacional—, que fue difundido masivamente gracias a las modernas técnicas de movilización y propaganda tomadas de las vanguardias revolucionarias europeas.⁹ La influencia y el poder del PCE declinaron a gran velocidad cuando las perspectivas de la guerra se hicieron sombrías. Sus enemigos en el campo republicano le acusaron de proselitismo y de eliminar a quienes se oponían a sus designios, de penetración en los resortes del Estado y del Ejército y de subordinación a los intereses de una potencia extranjera. El PCE, que por directriz expresa de la Komintern nunca se planteó la toma del poder, compartió con Juan Negrín la política de resistencia y acabó siendo víctima, junto con él, del golpe político-militar del 5 de marzo de 1939, que puso fin desastrosamente a la guerra.

A pesar de la derrota sin paliativos, el PCE no se resignó a ser un partido del exilio. Mientras otros depositaron sus esperanzas en una intervención de las potencias aliadas para derribar a Franco, los comunistas se organizaron en el interior desde el primer momento. Afrontando la inclemente persecución que se abatió sobre ellos, los núcleos autóctonos y los embriones de dirección llegados de fuera lo arriesgaron todo —la libertad y, en no pocas ocasiones, la vida— para volver a empezar. Contumacia en la tarea, a pesar de lo elevado del coste, que alimentaba un imaginario acostumbrado a referentes sacrificados como Ernst Thälmann, Luis Carlos Prestes o

Julius Fučík —autor de un *Reportaje al pie de la horca* (1945), auténtico breviario de los condenados a muerte— y que no dejaron de destacar antiguos camaradas reconvertidos en adversarios, como Jan Valtin, cuyo testimonio, *La noche quedó atrás* (1941), modelo de la literatura del desengaño, se usó paradójicamente como manual de aprendizaje de técnicas de clandestinidad. Como dijo Artur London, «la fe incondicional era uno de los rasgos de nuestra generación ¿Acaso un revolucionario no debe tener fe? Sin ella, ¿hubiéramos afrontado día a día la muerte en los campos de batalla, en la resistencia, en las cárceles, bajo la tortura y en los campos de exterminio nazis?». ¹⁰

La frustración de las expectativas generadas por la victoria aliada, la eclosión de la guerra fría —la glaciación ideológica impuesta por el estalinismo maduro— y la paranoia provocada por el éxito de la represión llevaron al partido al ensimismamiento. El PCE se enrocó, se acorazó tras el dogmatismo y se sumió en un solipsismo paralizante. Escuchando solo sus propios ecos, se dio a la búsqueda obsesiva de un enemigo interior identificado con cualquier forma de disidencia. En España, fracasaron una tras otra las tentativas de reconstrucción. La inexperiencia en labores clandestinas, la inadecuación de los métodos de trabajo, la rigidez de los veteranos para adaptarse a las nuevas circunstancias y la bisonería de los jóvenes motivaron una dramática contradanza de acciones propagandísticas y detenciones, procesos y ejecuciones. Cada golpe siempre fue seguido del afloramiento de nuevos núcleos. Sin embargo, los héroes no bastaban para contrarrestar la acción de los que claudicaban o de los delatores. Las confesiones extraídas mediante tortura, la amenaza con largas condenas y las infiltraciones de agentes provocadores arrastraron a las cárceles y paredones a una parte sustancial de aquellos que no se resignaron a dejar extinguir la llama de la resistencia. Las provocaciones causaron un daño inestimable, tanto en cantidad —número de detenidos, ejecutados y montante de años de cárcel— como en términos de desmoralización de la militancia y atonía organizativa.

A partir de 1956, los comunistas reorientaron su estrategia con la política de reconciliación nacional —el equivalente español a la *svolta di Salerno* del PCI en 1944— en el contexto de la nueva situación internacional planteada tras la muerte de Stalin, el XX Congre-

so del PCUS y el despertar de las primeras movilizaciones obreras y universitarias en el interior. Superar las consecuencias de la guerra civil y el aislamiento respecto al resto de fuerzas antifranquistas, salir del enclaustramiento sectario y explotar las posibilidades ofrecidas por los movimientos de protesta fueron los objetivos que hallaron su corolario en la convocatoria de las jornadas de huelga nacional de 1958 y 1959. Si los años comprendidos entre 1939 y 1953 habían sido los del arrasamiento por aniquilación, el periodo que se abrió a partir de 1956 fue testigo del crecimiento de la oposición estudiantil, cultural y ciudadana, y del desarrollo de un nuevo tipo de movimiento obrero articulado en torno a las Comisiones Obreras. Con su contribución al desarrollo y convergencia de estos vectores, el PCE logró abrir importantes grietas en las estructuras de la dictadura. No consiguió hacerla colapsar, pero ayudó a hacer inviable su perpetuación. Contribuyó decisivamente a asentar las bases de la democracia, pero se autoinmoló tras su consolidación.

Como en todos los casos anteriores, el apoyo incondicional de mi compañera, Almudena, a cuyo certero criterio debo no cometer demasiados errores, ha sido, como siempre, esencial. La redacción del texto tuvo lugar en tiempos extraños. La pandemia de 2020 a 2022 y las consiguientes limitaciones de movilidad hicieron que la consulta de fondos de archivo no pudiera ser tan franca como en ocasiones anteriores. Soy consciente, por ello, de que los contenidos pueden adolecer de sesgos territoriales o temáticos condicionados por el repertorio de fuentes disponibles. Afortunadamente, el caudal de fotografías que almaceno de mis visitas de antaño —nunca fue más certero aquel viejo dicho de que «quien guarda, halla»— han posibilitado que pudiera seguir escribiendo durante el confinamiento. Sirva ello para reivindicar la libre toma de imágenes en los archivos públicos, de cuya iniciativa se ha convertido en pionera la red de archivos históricos militares. Vaya mi felicitación, en representación de todos ellos, a Henar Alonso, del Archivo General Militar de Ávila, y a Sergio Gálvez, siempre combativo en la pelea por la transparencia del sistema archivístico español como antídoto contra la impunidad del franquismo. Igualmente, quiero dejar constancia

expresa de la profesionalidad de Patricia González-Posada, que si-
gue garantizando que el Archivo del PCE sea un referente ineludi-
ble para el estudio de la historia reciente.

Nunca será suficientemente ponderada la importancia de la
fuente primaria. Decía Michel Foucault en *La vida de los hombres
infames* que archivos como los de la represión tienen la virtud de
revelarnos las existencias de actores minúsculos de la historia que,
al entrar en colisión con los aparatos policial y judicial, y aunque
sea a través de la pluma de sus debedores, abandonan el anonimato
y nos hablan desde los legajos polvorientos de sus procesos. Su
rescate no es solo una cantera aún viva para los historiadores: es un
imperativo cívico que anuda el hilo de la memoria, restituye identi-
dades y construye ciudadanía democrática a partir de sus raíces.
Proyectos como el emprendido por la Fundación Francisco Largo
Caballero para la elaboración de un censo con los nombres de todos
los represaliados de la Unión General de Trabajadores y su volca-
do en la red¹¹ —algunas de cuyas entradas han servido para ilustrar
este trabajo— es, en todos estos sentidos, de una valía inestimable.
Otro tanto cabe afirmar de la fuente oral, que fluyó generosamente
en los testimonios de Melquesidez Rodríguez Chaos y Armando
López Salinas. Ambos me abrieron generosamente —parece que
fue ayer— el depósito de sus recuerdos. Se les echa de menos.
Igualmente, muchas han sido las atenciones que me ha prodigado
Víctor Díaz Cardiel, memoria viva del PCE, con quien he contraí-
do una deuda de gratitud impagable.

Como en anteriores ocasiones, debo reconocimiento a los cole-
gas y amigos que me han hecho llegar sus observaciones, materiales
y conocimientos. Ángel Viñas tuvo la amabilidad de leer, todavía en
fase de borrador, algunos de los capítulos y me obsequió con sus ati-
nados comentarios. Pablo Alcántara, joven y entusiasta historiador a
quien tuve el privilegio de codirigir su tesis sobre la Brigada Políti-
co-Social, un estudio que será un referente obligado, hizo gala de su
desbordante generosidad facilitándome documentos muy valiosos.
Forma parte de una generación, junto con Violeta Hernández, Eduar-
do Abad, Joan Gimeno, Cristian Ferrer, Fernando Herrera, Víctor
Peña, Alejandro Pérez-Olivares o Guillem Puig, por citar a un selec-
to puñado de ellos, de la que cabe esperar frutos muy estimables.
Ellos podrán beneficiarse de la progresiva apertura de los archivos y

de la accesibilidad a la evidencia primaria. Julián Vadillo es ya un veterano al que me alegra referirme, desde el pasado año de gracia de 2021, como compañero. En su caso, la constancia y el mérito han merecido, por fin, justa recompensa. Deseo también expresar mi afecto a los integrantes de la sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM), citando a Francisco Erice, David Ginard y Julián Sanz a título de troika. Gonzalo y Ferran Pontón me han distinguido con su confianza, acogiéndome una vez más en el catálogo de su editorial. Mi trabajo se ha visto enriquecido con los puntos de vista de todos y espero no defraudar su confianza con posibles errores, sobre los que reclamo absoluta exclusividad.

En la escena final de la película *El halcón maltés*, el detective Sam Spade, encarnado por Humphrey Bogart, decía refiriéndose a la estatuilla que todos ambicionaban que estaba hecha de la materia con la que se fabrican los sueños. La historia que se cuenta en este libro está hecha de los sueños de muchos. Entre ellos quiero destacar a Francisco —Barranco para sus amigos—, a Isabel y a quienes en los tiempos más lóbregos tejieron una red informal de socorros mutuos con el fin de sobrevivir y mantener discretamente incandescentes los rescoldos de un ideal. Y a Valentín, Julio, Quinito, Picó, Fuentes, Valbuena, a los compañeros del metal de la huelga de Standard de 1976, a sus mujeres y familias: los imprescindibles etcéteras que lograron que la calle dejara de tener dueño.

ÍNDICE

<i>Introducción. «Venimos de lejos...»</i>	9
<i>Avatares de un actor del siglo</i>	10
1. MAPAS EN BLANCO	17
¿Quién manda aquí?	20
Rastreado señales de vida	27
La vanguardia fatigada	30
2. LA INICIACIÓN	43
«¡Cuántos amigos hemos perdido por culpa del modo de producción asiático!»	52
La organización	57
En busca de refugios	65
Panóptico policial	68
3. TALENTO NEGRO	77
Una vida en la tempestad	78
Reconstrucción	84
Así se destempló el acero	92
El enemigo estaba dentro	103
4. LA CECA DEL DIABLO	107
«Veinticinco pesetas para juergas»	111
Las empresas-tapadera	117
<i>Go East!</i>	118
Una roja fábrica de sueños	131
Comerciendo con el diablo	136
El marxismo-ladrillismo	141
5. LA GUERRA NO HABÍA TERMINADO	145
El reverso tenebroso	151
La pedagogía del terror	161

Ya no se muere en Madrid	176
Una reparación insospechada	184
6. COMO LA ESPUMA LUCHA CON LA ROCA	187
De la HNP a la Acción Democrática	195
La gran barrera	204
La lucha armada, un remoto ejercicio de melancolía	211
7. CUANDO TODO PARECÍA POSIBLE	223
La galerna de huelgas	227
Hacerse visibles	232
En el radar de Washington	236
Todos los caminos salen de Roma	247
8. EL GIRO DEL MOLINO	253
Cambio de ciclo	254
En un lugar de la Alcarria	258
¡A las elecciones!	265
9. CUANDO A TESEO SE LE ENREDÓ EL HILO	287
El interior y «los de París»	288
El acelerador y los frenos	291
<i>Good bye, Lenin!</i>	299
El sol se puso por el este	307
10. ¿DEL PASADO HAY QUE HACER AÑICOS?	321
De la triple escisión a la reunificación truncada	323
La controvertida figura de Santiago Carrillo	334
<i>Epílogo</i>	339
<i>Notas</i>	345
<i>Archivos</i>	391
<i>Bibliografía</i>	393
<i>Índice alfabético</i>	405